

## Cuba en la hora de su dilema

Ha llegado para Cuba revolucionaria los días de su dilema *Patria o Muerte*. En los EE.UU., Reagan asciende al poder el 20 de enero y pronuncia un discurso que, en el cuadro de las circunstancias que lo rodean, no se syndica como especialmente amenazante. Pero el ritmo de los hechos puede llegar a ser aún más veloz que el de las palabras. Al día siguiente, Fidel habla en Guisa, con ocasión de entregar las insignias militares a las milicias territoriales de ese sitio, elegido seguramente por su proximidad simbólica a la Sierra Maestra.

Visto por televisión, Fidel Castro no se presenta esta vez como el orador torrencial que siempre ha sido. Tiene ante sí un atril con un texto escrito y lo mira a menudo. A menudo también se evade de él, en busca de una comunicación más directa; pero aun en esos trances, la fluencia verbal es más contenida que de costumbre. Las palabras dibujan la hora de la responsabilidad. No son menos rotundas que otras veces, no son menos categóricas; pero dejan la impresión de librarse menos a la espontaneidad de la improvisación y al arrebato, de ser más pensadas. Lo que está por delante del orador, por otra parte, no es una multitud: es una formación de cuadros combatientes, en un escenario campal. La tesis es muy severa: defendéremos a la isla, si es invadida, hasta el último hombre. Cuba no será conquistada si no es al precio de pasar sobre ocho millones de cadáveres. Y estamos, agrega, muy bien armados. La consigna de la hora se cifra en una frase: producción y defensa. Se está en plena zafra del azúcar, con una cosecha que se anuncia muy buena, y en plena organización de la defensa territorial, zona por zona, abarcando toda la isla.

Al día siguiente, con una oportunidad semejante a la de Guisa, habla Raúl Castro en Oriente: 22 de enero. Iguales características a las de Fidel en su discurso, igual sentido de la responsabilidad en la elección de cada vocablo. Grandes carteles, en La Habana, previenen que la revolución es indestructible. Carlos Rafael Rodríguez dirá días después a los escritores latinoamericanos reunidos en Casa de las Améri-

cas, para la emergencia de los jurados y del encuentro que coincide cronológicamente con él, que Cuba está preparada para el caso de invasión: los cañones no están ya visibles sobre el Malecón, como en la crisis de octubre del 62 —dice—. Pero, si fuera necesario, en unos pocos minutos estarían allí.

La isla, por tanto, está en pie de guerra. Y sin embargo, en cuanto el tiempo se vuelve luminoso, tras alguna borrasca de invierno, la gente llena las ramblas, los paseos y los parques. A pocos meses del episodio de la embajada del Perú, hay como una serena energía de la fatalidad: aparentemente, la gente con quien uno habla está dispuesta a lo que sea, en defensa de su suelo y de la revolución. Y entonces y por esa razón, del asunto —como de aquello que está muy decidido— casi no se habla.

Los problemas del racionamiento de víveres se han mitigado, pero quedan otros; el de la vivienda en La Habana, por ejemplo. Y es indudable que lo que ha dado en llamarse “los antisociales” —el lumpen y, con una curiosa palabra de connotación puritana, la escoria— no se han ido todos por Mariel. Seguramente quedan aun muchos, acechando su momento, si es que él, desde los mismos EE.UU., no ha sido destruido. Edgardo de Habisch, que era embajador del Perú en los días del aluvión sobre su embajada, está ahora entre los escritores, como jurado de Teatro de la Casa.

Se habla mucho del episodio entre los visitantes, se pasan varios cortometrajes sobre el punto. Y a los pocos días de dispersados los escritores del encuentro, ocurre, en escala mucho menos multitudinaria, el asalto a la embajada de Ecuador, cuyo desenlace debe haber entonado la decisión cubana al respecto; no más provocaciones a cuenta de asilados. Vistos en la pantalla, sorprendidos en sus comportamientos, los “antisociales” parecen cualquier cosa menos perseguidos en función de sus ideas políticas. En ellos se expele, indudablemente, un residuo de descontento, cotejado con la ilusión de otros mirajes. Los suscitadores de escándalo no des-cansan; pero, seguramente a contramano de sus

intenciones, estos episodios, una vez re-  
fortifican el consenso mayoritario y lo templan.  
Previsiblemente se acerca la hora de otras y más  
graves dificultades y, éstas que ahora alguien  
provoca, habrán cumplido un fin diversionista  
y cesarán, agotada su función instrumental y  
temporaria.

Mozambiqueños, angoleños, namibios, etíopes,  
nicaragüenses ocupan sus sitios en las escuelas  
agrarias de la Isla de la Juventud —la antigua Is-  
la de los Pinos— y se educan allí. En el aniversario  
de Martí desfilan, con incontrastable y hermosa  
prevalencia de la negritud, por el centro de  
Gerona la Nueva. Aquella juventud testimonial  
de un mundo en pleno hervor de liberación  
hace de la isla un centro único en su especie,  
por lo menos en América. Tras haber presenciado  
su marcha, los jurados vuelven a sus reflexio-  
nes sobre la literatura del continente, escrita en  
español, en portugués, en francés, en inglés y en  
sus respectivos dialectos: desfile acaso menos  
pintoresco pero no menos cierto y, en la pers-  
pectiva de la Historia, no menos abrumador.

En el acuerdo o en la parcial disidencia, la re-  
volución cubana se ha mostrado siempre pre-  
ocupada por dialogar con los escritores del conti-

vienen desde el Viejo Mun-  
do. Armando Hart y Carlos Rafael Rodríguez a-  
sumen este año esa cuota de diálogo. Hart res-  
ponde preguntas específicamente dirigidas a los  
problemas de la cultura, pero Carlos Rafael Ro-  
dríguez afronta interrogantes sobre el vasto es-  
pectro de la revolución, el socialismo, los no ali-  
neados y el mundo circundante, incluidas las  
que versen sobre el desenlace inmediato de las  
cuestiones planteadas en Centroamérica, con su  
incidencia en el mismo destino de Cuba. . . y de  
todos nosotros. Para abarcar todo ese temario,  
en un par de horas de conversación, se precisa  
ser a un tiempo un intelectual y un político;  
Carlos Rafael Rodríguez, ya se sabe, lo es.

Habría que escribir otro informe, evaluando los  
resultados de los seis o siete certámenes conflu-  
yentes de Casa de las Américas. No lo hago aquí  
por dos razones: 1) llevaría mucho espacio; 2) y  
sobre todo, no dispongo de medios seguros de  
dominio sobre ese panorama tan diverso, abiga-  
rrado y total. El día en que las circunstancias  
abrieran un espacio tranquilo para la reflexión  
cultural —si no es quimérico esperararlo en nues-  
tra América de hoy— habría mucho que decir  
sobre estos temas, que envuelven y justifican la  
ejecutoria misma de Casa de las Américas.

CMM